

Sr. Error y Srta. Correcta

Capítulo extra

Britt

Me desperté con el suave roce de unos labios contra mi hombro y la rica y ronca voz que se había convertido en la banda sonora de mis sueños favoritos.

—Buenos días, señora Sullivan.

Una sonrisa tiró de mis labios antes incluso de abrir los ojos. —Todavía no me acostumbro a oír eso —murmuré, estirándome bajo el acogedor peso de nuestro edredón. Las sábanas olían ligeramente a lavanda y a él: piel limpia, madera de cedro y algo cálido que no podía nombrar pero que siempre reconocía.

—Tienes toda nuestra vida para acostumbrarte.
—La voz de Porter era baja y espesa por la mañana, teñida de una felicidad que me envolvía como la suave luz que se filtraba por la ventana de nuestro dormitorio.

Se acercó más, enroscando su cuerpo alrededor del mío, su palma encontrando su lugar habitual sobre mi vientre cada vez más abultado. —Buenos días, bebé —le dijo suavemente a nuestro hijo, su voz suavizándose de esa manera que hacía que me enamorara de él una vez más—. ¿Cómo se siente mamá hoy?

—Hambrienta —dije, sonriendo—. Pero puede que sea porque alguien me mantuvo despierta hasta tarde anoche.

Se rio contra mi cuello. —Culpable. No me arrepiento.

—Yo tampoco —estuve de acuerdo, inclinando mi rostro hacia él para recibir un beso. Fue lento y pausado, de esos que se sienten como una promesa en lugar de prisas. De esos que solo llegan cuando no hay otro lugar donde estar más que aquí, en esta vida que habíamos creado.

Fuera, la ciudad apenas comenzaba a despertar, pero dentro de nuestro ático, todo estaba en calma. En paz. En casa.

—Tengo gofres y nata montada preparados —dijo mientras me daba otro beso en el

hombro—. Y fresas. Dijiste que al bebé le gustaban las fresas.

—El bebé tiene muy buen gusto.

Me miró con esa expresión que reservaba solo para mañanas como esta: completamente enamorado, ligeramente maravillado. —Estás radiante, ¿sabes?

—Probablemente solo sea sudor de sirope —bromeé, y él se rio, colocándome un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Sigues radiante.

Por un momento, ninguno de los dos habló. Simplemente nos quedamos así: entrelazados, en silencio y completos. Mis dedos recorrieron el dorso de su mano, que descansaba sobre mi vientre, y me maravillé, no por primera vez, de lo lejos que habíamos llegado. De un encuentro casual a esto: una familia, un futuro.

—Soy feliz —susurré, más para mí que para él.

Porter lo escuchó de todos modos. —Yo también.

—Más de lo que jamás creí posible —admití, con los ojos picándome por las lágrimas. Quería culpar a las hormonas, pero sabía que era la pura alegría que Porter me brindaba. Era demasiado para contenerla dentro y tenía que escapar de alguna manera.

—Cada día contigo se siente como un milagro —dijo, pasando sus pulgares por mis mejillas para limpiar mis lágrimas perdidas. Presionó un suave beso en mis labios, lleno de amor y adoración.

Un suave golpe sonó en la puerta del dormitorio un momento después, seguido del inconfundible chirrido de unas zapatillas nuevas. —¿Puedo entrar? —preguntó Jewel, ya empujando la puerta antes de que pudiéramos responder.

—Claro, cariño —dije, incorporándome con una mueca y una mano apoyada en mi costado. Todavía mi barriga no estaba muy grande, pero algunos días ya parecía que nuestro bebé ocupaba todo el espacio en mi vientre. Si nuestro bebé se parecía a Porter, sería alto, y

parecía que los genes Sullivan eran fuertes—. Ven a acurrucarte.

Ella subió sin dudarle, acomodándose justo en el medio como si perteneciera allí. Porque así era. Siempre había pertenecido.

Porter besó la parte superior de su cabeza, luego la mía. —Las dos chicas más importantes de mi vida.

—Querrás decir tres —dijo Jewel con naturalidad, colocando su mano sobre mi barriga—. El bebé es una niña.

Alcé las cejas. —¿Ah, sí?

Asintió con sabiduría. —Lo soñé. Y normalmente tengo razón.

Porter y yo compartimos una sonrisa por encima de su cabeza, sus ojos cálidos llenos de alegría y algo más profundo. Algo permanente.

—Pero si es un niño, querrás igual a tu hermanito, ¿verdad? —pregunté, preparándola en caso de que no tuviera razón.

—Claro, pero es una niña, lo sé —dijo—. Y le voy a enseñar a lanzar una pelota de baloncesto, igual que papá me enseñó a mí.

Sonreí ante el recuerdo del primer encuentro entre Porter y Jewel. No había pasado tanto tiempo, pero parecía toda una vida. Habían cambiado tantas cosas en tan poco tiempo, y todo para mejor. Jewel tenía el padre que siempre mereció y yo tenía un marido que me amaba tan profundamente que parecía un sueño. Uno del que nunca tendría que despertar.

Mientras nos acurrucábamos juntos bajo las mantas, sonó un suave zumbido desde el teléfono de Porter en la mesita de noche. Él lo alcanzó, entrecerrando los ojos ante la pantalla antes de suspirar.

—¿Quién es? —pregunté.

—Grant —dijo, con un tono indescifrable.

Eso captó mi atención. —¿Tan temprano?

—Así es mi hermano mayor, seguro que las gemelas lo han despertado pronto —dijo—. Será mejor que conteste...

Asentí y abracé a Jewel mientras Porter respondía su teléfono.

—Grant, más vale que sea importante —contestó. Los hermanos Sullivan tenían una forma peculiar de interactuar entre ellos. Ásperos, a veces competitivos, pero siempre se apoyaban cuando era necesario. Excepto el esquivo hermano menor, a quien yo no había conocido.

—¿Lo has encontrado? —dijo, con las cejas disparadas hacia arriba—. ¿Dónde?

Articulé con los labios «¿*Quinton?*» a Porter, y él asintió.

No sabía mucho sobre él, aparte de que había estado desaparecido durante el último año. Era el último hermano que quedaba soltero y el plazo de Slater Sullivan para la herencia de sus hijos era en menos de dos meses. Me negaba a preocuparme por lo que podría significar si Quinton no cumplía con las estipulaciones de Slater. Yo era la prueba viviente de cómo las cosas podían salir bien en la vida, sin importar cuán terribles fueran las circunstancias.

—Cómo hemos podido pasar por alto que estaba en la cabaña de Maine todos estos *meses* —dijo Porter, sentándose más erguido.

Podía oír parte de lo que Grant estaba diciendo, algo sobre pistas falsas y direcciones erróneas.

—Sí, yo también recibí esas fotos de Santa Lucía —dijo Porter—. Típico de él intentar despistarnos, pero papá no va a ser tan indulgente. ¿Vas a ir a verlo?

La parte de la conversación de Grant era inaudible, pero escuché una afirmación.

—Mejor tú que yo —se rio Porter—. Ya sabes cómo es Quinton, cuanto más le presionas, más testarudo se pone.

Me sonaba a todos los hombres Sullivan, pero oculté mi diversión.

—Vale, mantenme informado. Nos vemos pronto, hermano —Porter terminó la llamada. Soltó un gran suspiro.

—¿Todo bien? —pregunté, acercándome a Jewel para poner mi mano en la pierna de Porter.

—Sí —dijo Porter lentamente, dejando el teléfono de nuevo—. Solo espero que Grant pueda hacerlo entrar en razón.

—¿Crees que es posible? —pregunté, aunque tenía fe en que las cosas saldrían bien.

Porter se rio entre dientes. —No lo sé. Le importa. Solo odia que todos lo sepamos. Quizás primero tenga que reflexionar un poco.

—Mmm, suena tan diferente al resto de ustedes —bromeé.

—Todos somos diferentes —protestó Porter.

—Claro, pero todos tienen cierta... esencia Sullivan —señalé.

—¿Crees que el bebé tendrá esencia Sullivan? —preguntó Jewel.

—No si puedo evitarlo —me reí.

—Eh, te encanta mi esencia Sullivan —dijo Porter, acostándose de nuevo y poniendo sus brazos sobre sus dos chicas. Si no estuviéramos cerca de oídos jóvenes, podría haber hecho una broma subida de tono, pero me contuve.

—Sí, realmente me encanta —dije, inclinándome sobre Jewel para besarle.

Me acurruqué contra ellos nuevamente, con el corazón lleno. Fuera, el día estaba esperando. Pero por ahora, aquí en nuestro cálido capullo de mantas, familia y amor, todo era exactamente como debía ser.

Y en algún lugar ahí fuera, un Sullivan tenía una decisión que tomar: la familia o el orgullo. En lo que a mí respectaba, era una elección obvia.

Abracé a mi familia un poco más fuerte.